





EL PULPO

DESDE las más pequeñas dificultades hasta la mayor de las vicisitudes en que el hombre llega á encontrarse en esta vida, fluctúa, sin conocerlo las más veces, entre estos dos extremos; la lógica incontrovertible de los hechos, y los dislates sugeridos por el error, por la rutina ó por el fanatismo.

Si el hombre no tuviera por norma de

sus actos sinó la razón, la lógica y el juicio con exclusión de toda tendencia á lo imposible y á lo sobrenatural, sería más dueño de sí mismo, y podría prevenir la mayor parte de sus desgracias.

Vivir para el futuro, prever, prevenir y regular los actos del presente con relación al porvenir, parece ser el destino del sér pensador; y esto es precisamente lo que menos suele hacer la criatura privilegiada; es esta la cuestión más difícil de resolverse, y de cuya insolubilidad nacen desde las revoluciones, y los trastornos públicos, y el pauperismo, y la degeneración de las sociedades, hasta las pequeñas visicitudes y las miserias ignoradas.

El sacrificio parece ser una sentencia irrevocable y la condición ineludible de la existencia humana. La sabiduría infinita ha querido que la criatura pensadora no olvide nunca su destino póstumo, y para que no lo olvide, ordenó que la lógica de los hechos exija al hombre por medio de las enfermedades, de la miseria, de la deshonra y de

la muerte, que viva haciendo sacrificios en el presente para alcanzar el porvenir.

De esta sabia ley han nacido las que llamamos virtudes, y que no son sinó sacrificios del presente para prevenir los males del futuro. Así nace el sacrificio que se llama higiene, para prevenir la enfermedad. Así nace el sacrificio que se llama honor, para prevenir la deshonra y así nace el sacrificio que se llama economía, para prevenir la miseria.

Y este último de los sacrificios que mencionamos es el punto objetivo de nuestras habladurías de hoy. Y es el punto objetivo, por la trascendentalísima importancia que tiene esta virtud, este sacrificio, esta llave maestra que se llama economía en el modo de ser, en el modo de sentir, en el modo de pensar y en el destino de nuestra sociedad actual.

Esta intuición del sacrificio nace con los primeros pobladores del mundo que sacrifican víctimas al sol por prevenir los males del futuro; inspira á todas las teogonías

para imponer las privaciones, las abluciones, las oraciones, los sacrificios, las humillaciones y la penitencia. Y esta intuición del sacrificio se gasta en el uso, se rebaja con la superficialidad, se corrompe con el lujo, y se pierde por fin por el decrecimiento y por la depravación de las costumbres.

El fetichismo azteca y el salero español engendran al mexicano que alardea de despilfarrado, que suelta el hilo de esa virtud necesarísima que se llama economía, y que se exhibe ante la civilización del mundo en toda su idiosincracia, gastando en un día el haber de un mes. Y para que este tipo moral tenga estéticamente el traje que corresponde á esa falta de sentido práctico, se presenta casi en paños menores y con sombrero bordado de oro.

Para resolver el problema de que restan- do cuatro de cinco sobra sólo uno, que no alcanza, recurre á la luminosa idea de encomendarse á María Santísima de Guadalupe, quien no se digna, por supuesto, introducir desórden alguno en la verdad matemática,

por mucha que sea la necesidad del demandante. Y de esta falta de aritmética y de esta indiferencia de la Virgen en el asunto, y de esta falta de lógica y de la necesidad que apremia, nace el engendro más ignominioso de las edades, que en la forma de un pulpo colosal, pero invisible, ha clavado ya todos sus tentáculos, en forma de bombas absorbentes, en los cimientos de nuestra enferma sociedad, que pierde los glóbulos rojos de su sangre con las caricias de la letrina, y el patrimonio de la prole, y la paz doméstica, y el derecho á la prosperidad, porque todos estos bienes, en la forma de un tanto por ciento, los destina voluntariamente á la nutrición y engrandecimiento del pulpo que acabará por devorarla.

El pulpo monstruoso se ha arrastrado hasta los bordes de la arca nacional, husmeando los treinta millones de pesos que no puede agotar de un sorbo.

Multiplica sus tentáculos prodigiosamente de manera de clavar uno en cada familia. Y no haya esperanza de que suelte, porque

todo el mundo conoce el poder fatal, persistente y destructor de esas ventosas. Escupe la primera gota de su propia sangre (para que pegue la ventosa) en la forma de cincuenta pesos, y ya una vez adherido el tentáculo, queda establecida para siempre una corriente continua, que, saliendo del tesoro nacional, en forma de quincena, y pasando por fórmula y por unos cuantos minutos, en forma de tormento, á las manos del empleado, sigue su curso natural por el tentáculo hasta el gigantesco vientre del pulpo que jamás revienta de repleto.

Este mónstruo no se compone exclusivamente del elemento conocido con el nombre de *agiotistas*: su poder consiste precisamente en la diversidad de sus órganos. Examinémosle.

Entra primero el grupo de los prestamistas de profesión, de aquéllos á quienes la suerte ha favorecido con un capital, esquivo á toda empresa de utilidad general. Esos buenos señores son los náufragos de la miseria pública, salvados en una tabla, sobre

la cual flotan sonriendo con una sonrisa burliosa. Han tenido que sacarse las entrañas y arrojarlas al mar de la tribulación, para deshacerse de ese lastre inútil y flotar mejor. Pero les ha quedado el zurrón intacto, relleno de pagarés saturados de jabón arsenical, como la paja de los pájaros disecados. Llevan una ley en la mano y unos cuantos tinterillos y empleados de juzgado en los bolsillos del chaleco, y vogan, vogan generalmente con viento bonancible.

Este grupo forma parte del cerebro del pulpo.

Sigue otro grupo numeroso y alegre como Manolito Gasquez, importado de la península ibérica para hacer fortuna en Indias. Esta es una familia perezosa pero astuta como las arañas: tiende sus hilos detrás de un mostrador y aguarda las moscas. Estas caen en forma de rebozos, enaguas, frazadas, pistolas, sillas de montar, bandolones, relojes y alhajas antiguas. La araña española almacena las tres cuartas partes del equipo de la gente menesterosa de la capi-

tal, cuyo modo de vivir es y ha sido siempre adquirir para empeñar y empeñar para adquirir. Empeñar es en lo general para esa gente, no una emergencia, sinó una costumbre inveterada, costumbre que forma un ramo de especulación en México en que se versan algunos millones de prendas de poco valor nominal, pero que representan el hambre, la miseria, el despilfarro, el vicio, el trabajo y el sudor del pueblo desvalido, de cuyos extraños ingredientes se escurre un 12 por 100 en metálico para el vientre del pulpo. Y las arañas engordan enseñando sus mofletes entre el abigarrado conjunto de bandolones y baquerillos, catres de fierro y baratijas del empeño, durante catorce horas diariamente, hasta en días festivos, con la constancia y la paciencia del insecto cazador de moscas.

Con sólo estos dos grupos el pulpo ha logrado clavar dos haces complicados de tentáculos: uno desde la cámara de diputados y todas las oficinas de la nación, viviendas de casas de vecindad, y otro que parte del

Colegio de Niñas y calles del Coliseo y serpentea por los barrios de los cuatro vientos.

El pulpo tiene todavía más tentáculos clavados sobre esta sociedad, que se estenua y lucha con el mónstruo del agio para vivir, dejándose chupar la sangre en cambio del pan de cada día. Entra aquí el Nacional Monte de Piedad. Este haz de tentáculos, tiene sus pretensiones en diverso sentido. El agiotista suele decirse, *in peto*: robo; pero robo con la ley en la mano. El Monte dice: socorro en nombre de la filantropía, antes me llamaba Sacro y Nacional Monte de Piedad de Ánimas. Es cierto que también cojo moscas como los empeñeros; pero no las lastimo, ni las mato, ni me las como. Además, les guardo sus coches y sus pianos y sus brillantes á los ricos, y soy, por más de un motivo, filántropo, caritativo, benéfico y casi respetable. De manera que estos tentáculos del pulpo que se han ensanchado desde el Empedradillo hasta San Hipólito y San Pedro y San Pablo, merecerán cuando más el calificativo de *tentáculos decentes*

que no chupan con tanta tosquedad como otros, pero chupan su tanto por ciento sobre el insuficiente haber individual, que, á pesar de ser insuficiente, ceba y mantiene al pulpo.

Este animal insaciable, no contento con clavar tres haces de tentáculos que envuelven ya casi por completo á la masa menesterosa, tienden todavía otras ventosas en forma de loterías de billetes, y de loterías de cartones; y finalmente las últimas en forma de ruletas y de partidas de albures.

Pero agiotistas, empeñeros, loterías, Monte de Piedad y albures, son cosas todas que satisfacen esta exigencia: adquirir dinero por caminos que no sean la remuneración legítima del trabajo ó el rédito legítimo del propio patrimonio. ¿A qué precio? Al precio de una parte de la remuneración legítima del trabajo, ó de una parte del rédito legítimo del propio capital.

Estas instituciones, ó estas cosas, como las hemos llamado, gozan de una prosperidad, un auge y una preponderancia que no

pueden ocultarse. Esta prosperidad está naturalmente en razón directa de la disminución del haber personal; de manera que, el capital acumulado por la usura, en todas y cada una de sus anteriores formas, está compuesto del desmoronamiento y la ruina del capital privado; y el capital privado, por una de esas anomalías irremediables que dependen de la organización social y de la educación de las masas, recurre al ilógico arbitrio de dilapidarse en aras de la usura, por vía de remedio de su insuficiencia.

Por medio de un cálculo matemático muy sencillo, y en virtud de las proporciones que en México ha llegado á tomar el pulpo de la usura, se puede asegurar que el destino del capital privado es parar en manos del agio; que á medida que éste se engrandezca, la masa social menesterosa irá caminando á la miseria; que el trabajo asalariado irá siendo cada día más insuficiente para proporcionar el bienestar á las familias de las clases media é ínfima; que los recursos en-

gañosos y funestos á que la imaginación calenturienta de los necesitados recurre, como son la lotería y el juego, tendrán más y más prosélitos, pasando de una á otra pendiente más resbaladiza, hasta desaparecer en la miseria, dejando como herencia una prole raquítica, enfermiza, descuidada; nutrida en la desolación de un hogar entristecido por las calamidades domésticas con el hambre, las necesidades, la usura, la lotería, el juego y hasta la embriaguez por escuela y por ejemplo. Y á esta prole habrá de entregársele la herencia patria, la nave del Estado, la instrucción pública, la administración, el porvenir de México.

El monstruoso pulpo, no obstante su misión destructora, no es por eso responsable de la situación, como no es responsable el puñal del homicidio que se perpetra. El pulpo marino habita en el fondo del mar, porque ese es su elemento: el pulpo de la usura nace también en el mar de la disolución social, porque ese es su elemento. Cuando una sociedad bien educada discurre

y economiza, el pulpo de la usura se enflaquece y muere de inanición. Entonces el haber privado puede llegar á capital por medio de la economía, y tiende á aumentarse por sí mismo, apropiándose el ahorro como fomento, y el premio del monto por el valor del tiempo. Así del trabajo salen el precio de la vida y el ahorro; con el precio de la vida, la necesidad satisfecha, la conciencia tranquila, la aptitud dispuesta y la aspiración creciente: con el ahorro, la progresión creciente del capital que se forma.

Pero cuando una sociedad, como la nuestra, está educada en el despilfarro y el mal ejemplo; cuando se hace alarde de que el carácter nacional tiene como perfil distintivo la disipación; cuando ni el buen ejemplo de los extranjeros que se enriquecen en México, nos induce á reflexionar en las ventajas de la economía; cuando cada padre de familia, lejos de inculcar en la prole esta inapreciable virtud que nunca ha tenido, enseña á sus hijos á derrochar una hacien-

da, cuyo valor nunca comprenden; cuando los pasos que se le hacen dar al niño en su primera educación, son ponerle en la mano una moneda para que la gaste, y formar de este obsequio, tan candorosamente paternal como trascendentalmente funesto, primero, una costumbre, y luego una necesidad; cuando los mexicanos, en fin, hemos venido así al mundo, de generación en generación, ¿qué mucho que se críe en medio de esta sociedad desquiciada y hambrienta, el pulpo de la usura en tan gigantescas proporciones? Y decimos en tan gigantescas proporciones, porque no hay una sola ciudad en el mundo que, en proporción al número de sus habitantes, mantenga y reproduzca un número, siquiera parecido al de las transacciones diarias de usura que se verifican en esta capital.

Así como no anatematizamos el monstruoso pulpo, porque sea un engendro del despilfarro, ni nominalmente al agiotista, que hace dimisión voluntaria de todo sentimiento noble y de toda piedad, puesto que

tal sacrificio es la tonsura de su profesión, de la misma manera no condenamos de una manera absoluta el recurso de la usura, en términos hábiles y siempre que entren en la combinación financiera los términos equivalentes de una verdadera compensación; y por términos equivalentes entendemos el valor del tiempo; pero esto como emergencia y no como sistema.

Todo individuo, cabeza de familia, que pone el pié en la pendiente resbaladiza de la usura, debe comprender que, tomado por uno de los tentáculos del pulpo, habrá de ser suyo para siempre á menos que un milagro lo salve.

No está ciertamente el bienestar social en la capital en proporción de la riqueza pública. Esta brilla en las manos de un grupo que se forma de los ricos independientes y del pulpo. El resto es de víctimas, y como éstas están en mayoría considerable, imprimen á nuestro comercio y á nuestras diversiones un tipo especial, y que se explica, así para los pedidos á Europa para la im-

portación, como para la venta, en estas palabras: «malo pero barato.» Esta tendencia explica el gran expendio de los géneros de á real y la concurrencia á los títeres y á las tandas; explica la ausencia de los guantes, las apariencias engañosas de tantas familias vestidas á la europea, en el Zócalo, y saliendo de desmanteladas y miserables habitaciones; y esto explica también el prematuro acabamiento de los individuos, esa vejez temprana que se desploma sobre los padres de familia, ese raquitismo de la prole menuda, esa clorosis que se difunde en el sexo débil, desde sus tiernos años, ese exíguo desarrollo físico* de nuestra juventud, que se atrofia, se *enaniza* y se hace más diminuta y enclenque cada día.

Esta es la obra del pulpo, que relame el borde de la cazuela en que come el pobre y amengua la ración; que sisa en la cocina de los empleados la buena carne, la leche, el vino y todos los alimentos caros; que recorta, desmenuza y hace ilusorias las quincenas; que engendra ese malestar intermi-

nable que busca solaz en la cantina y en el garito; que divide y aísla á las familias y rompe todos los lazos de la sociabilidad; que enerva las fuerzas vitales, con detrimento del vigor mental, y que hace de cada individuo, cogido por un tentáculo, un Sísifo social, que lucha con una imposibilidad, ó un misántropo que arrastra una vida que le pesa y soporta responsabilidades que no puede cubrir y deberes que no puede llenar. El padre de familia que pertenece á esta masa de víctimas, aparece en los espectáculos gratis y en las diversiones baratas, echando una mirada triste y elocuente á las plumas de avestrúz con que engalana á su familia, llevando las cifras del tanto por ciento entre las cejas y una sonrisa plástica en los labios. Vá allí—dice él—por *las pobres criaturas*, cuya clorosis se realza con el polvo de arroz y el gorro francés.

Y el pulpo sigue chupando, con la tendencia manifiesta de acabar con el capital privado.

Pero la sociedad tiene todavía un recurso heróico para luchar con el mónstruo.

✎ Reformar radicalmente la educación, en el sentido de inculcar en los niños desde su primera edad, la noción, el sentimiento y el hábito de la más estricta economía doméstica, para establecer como tipo del carácter:

- 1.º El conocimiento del valor del tiempo.
- 2.º El conocimiento del valor del trabajo.
- 3.º El conocimiento del valor del dinero.

Así vendrá naturalmente el niño, sin esfuerzo, á practicar la economía y á conocer que la economía es

- 1.º El camino de la riqueza.
- 2.º El camino de la independencia individual.

Y la independencia individual que se conquista con el trabajo, con el tiempo y con el ahorro, constituye la dignidad personal, la aptitud personal y la aspiración

legítima al bienestar, fundada en medios prácticos, positivos y honrosos.

Este es el único medio que conduce, (matando al pulpo) al engrandecimiento de las sociedades.

